

"El euskera se muere, irremediabilmente"

Tierra Vasca, 106. zk., 1965-04: 10-11.

El otro día tuvimos la oportunidad de escuchar la voz de un resistente vasco: la voz de un resistente vasco hablando sobre resistencia vasca; y resistencia vasca reciente, de apenas hace dos o tres meses.

De por sí, el tema de la resistencia vasca de hoy me interesa mucho, y más aún si nos llega tan directamente como en esta ocasión.

Este interés mío fue creciendo a medida que el joven resistente iba avanzando en su exposición. Porque era clara, inteligente, precisa y fría; quiero decir que desapasionada. Como yo me quejo mucho de que los vascos nos engañamos con ilusiones (y muchas veces por vanidad) hablando de las cosas, no como son, sino como nosotros quisiéramos que fuesen, lo que decía este resistente vasco me iba pareciendo desapasionado, frío y hasta valiente. Porque no hay duda que para negar concesión alguna al auditorio, sobre todo en aspectos que le son muy sensibles, hace falta ser entero.

Todo esto me predispuso muy bien hacia el resistente vasco que teníamos delante. "Por fin –me dije– hay alguien que diga las cosas como siente, aunque nos duelan, y además de ser franco usa la franqueza con inteligencia". Porque siempre me ha parecido que estas dos facultades, la de ser sincero, y la de saber serlo con inteligencia, con tacto, son imprescindibles en un proceso efectivo de comunicación. Si falla cualquiera de las dos, o bien nos mentimos inteligentemente, o bien nos decimos las verdades como bofetadas, sin ningún beneficio. En ninguna de las dos circunstancias vamos a ganar ni en experiencia, ni en comprensión, ni en ningún otro aspecto positivo que valga la pena; por ejemplo, el del milagro de convencer a alguien.

Después de su exposición, vino un período de preguntas y respuestas. Aún aquí, el resistente vasco se mantuvo en su posición valiente, sin concesiones al público. Y no estuve de acuerdo con algunos matices de planteamientos suyos sobre sindicatos, sobre el funcionamiento actual de la resistencia; pero eran posturas muy dignas de atención; y de respeto, desde luego. A medida que se iba prolongando el período de preguntas y respuestas, que fue de un interés muy alto, se me fue dispersando la preocupación de que la frialdad con que iba exponiendo sus puntos de vista el conferenciante se debiese, más que a una objetividad productiva, o sea, a una objetividad derivada de un examen integral de los factores, a una frialdad de desapasionamiento; o sea, que esa frialdad se debiese a una postura que, por las razones que fuesen, bien sean reflexionadas o derivadas del medio formacional, habían llegado a excluir el sentimiento, el aspecto emocional como un lastre inútil.

Y ya esta frialdad me fue pareciendo menos valiosa; porque era más simple, porque ya esta frialdad era parcial.

Y así, a estas alturas de mis reflexiones le hicieron al conferenciante una pregunta fundamental. "¿Puede decirnos qué opina acerca del futuro del euskera?" Y el

conferenciante me sacó entonces de dudas, porque contestó, palabra y sentido más o menos: "Nos guste o no, tenemos que aceptar que el euskera se muere, irremediablemente. Nos duele, pero esto es así". Me sacó de dudas, porque ahora ya sabía que esa objetiva frialdad con que juzgaba nuestras cosas era producto de una cierta simplicidad; no simpleza, sino simplicidad; una cierta parcialidad, bien sea de temperamento, de formación o de información.

* * *

No digo, no, que él no pueda tener razón; que la razón ya la tengo yo en el bolsillo, porque no acepto que el euskera se está muriendo *irremediablemente*. ¡Quién sabe quién tendrá razón! No; y de lo que quiero dejar constancia aquí, además, es de que discrepamos radicalmente, no de la apreciación de que el euskera se está muriendo, porque he escrito recientemente una obrita de teatro con este tema,¹ sino acerca de la actitud con que lo dice. La actitud del resistente vasco que expone una actitud positiva en "irremediablemente", derrotada antes de la pelea, y, sobre todo, y es lo más grave, derrotista. Luego, lo reforzó con el complemento: "nos guste o no, tenemos que aceptar que esto es así", que proyecta una actitud dogmática, estéril, objetivamente estéril, unánimemente estéril, incapaz de concebir nada positivo. Porque lo que denota no es objetividad, porque no hay objetividad que valga algo sin corazón y sin espíritu de lucha, sino una frialdad en que está ausente el corazón, que es el que mueve al hombre a actuar ante la dificultad, a luchar contra lo que parece insalvable; ese corazón churchiliano que salvó a Gran Bretaña de la derrota y que salvó a Europa y al mundo entero de una era nazi de consecuencias impredecibles; ese corazón del David simbólico que ante toda evidencia racional o lógica se atreve a enfrentarse al gigante y lo vence; ese corazón del hombre corriente, del hombre llano, de todos los días, que tiene que poner tantas veces en la balanza de las decisiones de cada rato tanto corazón y tanto esfuerzo para poder seguir luchando, y para poder vencer aquello que parece que está irremediablemente dispuesto a aplastarlo definitivamente.

Así, con la misma franqueza que usó él, quiero decir aquí mis puntos de vista; con la misma sinceridad que usó él digo aquí mi palabra. Porque me parece que debemos acostumbrarnos a escucharnos y a comprendernos si queremos vivir algún día juntos en libertad y preservarla para nuestros hijos.

* * *

Con este espíritu de sinceridad diré que me preocupa la razón por la que un joven de la resistencia piense así, piense con un desapasionamiento lindando en la frialdad, que parece más propio de alguien que dejó atrás la juventud y la capacidad de luchar.

Primero, me digo a mí mismo que una opinión de un resistente vasco no lleva implícito el juicio de toda nuestra juventud resistente; que el hecho de que alguien de la resistencia vasca tenga esa opinión puede muy bien tener los límites individuales de su propio temperamento, de su propia experiencia de la lengua vasca, de su propio juicio.

¹ *Ama gaxo dago*, Caracas, 1964.

Y es evidente que puede ser así.

Pero, ¿si no lo fuese? ¿Si esta actitud fuese reflejo de una actitud más extendida, no diré en todo el país, sino en el área geográfica, cultural y lingüística de donde viene nuestro compatriota? Ya esto tendría una significación alarmante para cualquiera que se preocupa del porvenir de nuestra lengua.

¿Y si esta actitud reflejase, no sólo ese pedazo de nuestra patria, sino todo el País Vasco? ¿Si resultase que él (y no nosotros) es quien nos está dando la medida, la medida brutal, de lo que está pensando hoy nuestro pueblo acerca del porvenir de nuestra lengua nacional?

¿Si resulta que él, y los que piensan como él, con su frialdad, y no nosotros, los que tenemos nuestro sentimiento montado como una catapulta, son los que tienen razón?

* * *

Inteligentemente no podemos descartar ninguna de estas hipótesis. En la dramática situación en que se encuentra el euskera, ninguna de estas posibilidades se puede considerar como sin fundamento. Si aceptamos (y no hay, desde luego, la menor duda) la sinceridad y la inteligencia de nuestro compatriota, este testimonio es alarmante. Alarmante en cualquiera de los dos supuestos: de que exista la posibilidad de que *no hay, fatalmente, nada que hacer*; o la de que *nosotros creamos* que no hay nada que hacer; que es casi lo mismo, al menos su antecedente.

Y aquí es donde combato la actitud del conferenciante.

Al hombre no le alcanzan aún los conocimientos que le permitan pre-establecer los límites de desarrollo de nada que está vivo, a menos que él mismo use la fuerza para matarlo. La potencia es impredecible. Así, ni la vida humana, ni la vida de los pueblos, ni la vida de las lenguas, puede ser pre-determinada en su evolución. Sin duda alguna que puede el hombre estudiar las leyes generales que gobiernan la vida, y estudiar las circunstancias particulares, cuando ocurren, y puede incluso prever las crisis; y hasta puede pre-establecer hipótesis de alguna validez. Pero hay seres humanos que parece que no van a durar una semana más, y sin embargo una droga nueva a tiempo, un tratamiento adecuado, o hasta la misma actitud emocional del enfermo, su fe en algo provoca lo imprevisto, provoca una reacción que no estaba en el cuadro clínico mejor elaborado, y el enfermo se recupera y vive cien años; y, en cambio, se dan casos de cuadros clínicos muy favorables para la salud y la vida que se derrumban por un simple accidente, de fuera adentro o de dentro afuera.

El hombre está, pues, muy lejos de ser juez absoluto de la vida y de la muerte.

Este mismo razonamiento sirve, ¡como no!, para los pueblos y para las lenguas. Tenemos ejemplos de pueblos y de lenguas que han declinado sin causa aparente, y otros que se han recuperado de la misma manera sorprendente, imprevisible.

* * *

La suerte última del euskera depende, no de los demás, ni de las condiciones intrínsecas de la lengua en condiciones absolutas, como decía Unamuno, ni de la situación de desventaja cultural en que se encuentra, sino de nuestra capacidad de reacción ante ellas.

Sin duda alguna que éstos son factores negativos que tenemos que tener muy en cuenta. Yo no creo que sean muchos los que nieguen a Unamuno la validez científica de muchas de sus críticas a nuestra lengua. Es verdad evidente que el euskera no ha tenido oportunidad de elevarse como una lengua culta en extensión, y es verdad que las circunstancias culturales de nuestra civilización están a favor de una eliminación gradual de algunas lenguas de comunicación en escala científica y cultural en el campo internacional, y es muy verdad que en las circunstancias en que se encuentra con respecto a los medios de cultivo y de desarrollo y a los medios de comunicación de masas se refiere, está en situación de indigencia muy grave con respecto a otras lenguas. Todo, en efecto, parece estar en contra de su supervivencia. Hoy ya no tenemos la ceguera o la fantasía desbordada de un Astarloa, cuyas exageraciones combatió Unamuno; bastante malignamente, por cierto. Todo nos hace pensar que esta es una lucha de David con más de un Goliat. En cuanto a esta apreciación de las dificultades del problema, estoy de acuerdo con el joven resistente vasco.

En lo que dejo de estar de acuerdo con él es en la forma fría, lejana, de enjuiciar esta situación, resignándose cómodamente a su extinción; que es como si, sabiendo que mi madre está en estado muy grave, me resignase a perderla sin buscar otro médico, sin buscar otras medicinas, sin intentar una operación.

Porque (y aquí estamos ya, creo yo, en el punto crucial al que quería llegar para plantear el problema en su misma esencia) *los vascos no hemos hecho realmente nada importante aún, como pueblo, para salvar el euskera*, sino lamentarnos, sino dolernos; o, como en este caso, resignarnos.

No hemos hecho nada importante, porque nuestro pueblo nunca ha puesto a su lengua (porque no ha podido, o por abandono, o por viveza española) a vivir plenamente en la escuela, en la Universidad, para saber si es capaz o no de mayor vida, de mayor vitalidad.

Unamuno descubrió la falta de desarrollo y la falta de cultura del euskera; pero no tuvo la elemental idea de pedir para su pueblo, para la lengua inculta de sus padres, las escuelas y las universidades y los periódicos que le permitiesen el desarrollo que le faltaba. Era más fácil decretar una muerte y anunciar unos funerales que ponerse a salvar un enfermo. Esto pareció a Unamuno más valiente que comenzar a luchar; aceptar la muerte de otro, él, que no se resignaba a la suya.

Es evidente que, por las razones que fuesen, Unamuno no sintió ningún afecto por la lengua de sus padres.

Porque yo convengo en una actitud pesimista y negativa así en el caso de que la lengua siguiese retrocediendo sin remedio a pesar de poner en uso todos los medios normales para su vida, para su desarrollo; esta es, según parece, la situación en Irlanda, aunque eso habría que verlo más de cerca; algún día se nos tiene que morir esa madre que está enferma, como algún día se morirán también las madres de los demás; como algún día nos moriremos nosotros sin remedio.

¡Pero es que ni siquiera hemos agotado el recurso elemental de defensa de la lengua!
¡Si lo que estamos pidiendo no es más que eso, que nos dejen ir a buscar un médico, a buscar las medicinas y probar los remedios elementales a que tenemos, además del derecho natural, todos los derechos elaborados del mundo!

Esta es la objeción básica que hago al joven resistente vasco que nos habló sobre la muerte irremediable del euskera. Esa solución que apuntaba él me parece simplista, me parece carente de fe en lo más importante que distingue al hombre, su capacidad espiritual, su capacidad de esperanza, su capacidad de reacción; me parece hasta ilógico: porque me parece que es conceder la derrota antes de comenzar a luchar; me parece, además, derrotista para aquellos que aún no han renunciado a luchar, y, por tanto, de una gravedad extrema, porque ataca precisamente esa facultad del hombre de la que depende el éxito de vida de nuestra lengua; porque ataca precisamente en el punto neurálgico donde se pueden paralizar las posibilidades de reacción contra la situación declinante de nuestra lengua; atada directamente al corazón, ese corazón que hace que el hombre sea capaz de luchar por aquello que considera justo, aunque sea empresa difícil, hasta empresa casi imposible.

* * *

Este punto me brinda motivos para otros artículos que quiero escribir.

Pero para cerrar éste, que ya va para demasiado largo, diré que lo que propone Unamuno, dejar morir al enfermo grave, no es un acto de caridad, sino un asesinato.